

Don Pánfilo Galindo, manifestándole que el ataque se iba á emprender, pero que antes de hacerlo, consideraba justo y conveniente participárselo á los habitantes pacíficos, para que pudieran salirse y evitar los horrores de la guerra, de que hacia responsables á los sitiados: añádiase en aquella comunicacion, que el presidente no queria entenderse para nada con Don Antonio Haro, porque habia violado el armisticio del dia 8 en la batalla de Ocotlan.

La respuesta de Galindo se redujo á manifestar que no era él el comandante de la plaza sino Haro, y á transcribir una comunicacion de éste, en la cual, en medio de violentos desahogos contra el gobierno, se encontraban algunas esplicaciones sobre la conducta que el jefe de la revolucion habia observado el dia 8. [5]

Como Haro invocaba en este oficio el testimonio de Villareal sobre las circunstancias relativas al armisticio, el presidente dispuso que este general diera un exato informe acerca de lo que habia pasado, y Villareal lo hizo, remitiendo una relacion de todas aquellas ocurrencias, casi igual en sustancia á la que de ellas se ha hecho ya en esta historia. [6]

La contestacion del caudillo rebelde no dejaba esperanza ninguna, y el tono de sus palabras daba bien á entender que contaba todavía con poderosos medios de resistencia. Dispuso, pues, Comonfort, que empezára el ataque, y que aquella misma noche se hiciera un vivo fuego de cañon sobre las líneas enemigas. Duró aquel fuego cuatro horas, y causó grandes estragos, empezando desde entonces los muchos que sufrió la ciudad durante el sitio. A medida que éste se iba estrechando, iba haciéndose cada vez mas horrorosa la situacion de los habitantes de Puebla. El sitiador mandó cortar el agua á los sitiados, y prohibió que entraran víveres en la plaza, al mismo tiempo que continuaban las hostilidades y que se avanzaban los parapetos, para cerrar por todas partes el perímetro que ocupaban los pronunciados.

Tenian por objeto aquellas medidas atemorizar á los sitiados y á los moradores pacíficos de la ciudad para que los primeros se vieran obligados á rendirse, sin necesidad de vivos ataques que causaran mayores desgracias; mas no por esto dejaban de sufrir los de Puebla todos los horros de aquella lucha, que diariamente se iba recrudeciendo, y no tenia trazas de acabarse sino entre lagos de sangre. Sitiados y si-

(5) Véanse estas comunicaciones en el *Apéndice* bajo el Núm. XXXIII.

(6) Véase el informe de Villareal en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXIV.

tiados se acometian diariamente y se destrozaban de balcón á balcón, de azotea á azotea, de una acera á otra, estando á veces tan cerca unos de otros, por las heradaciones que los segundos practicaban, que solo los separaba el grueso de una pared.

La obstinada resistencia de los sitiados se reveló bien tristemente en todos aquellos combates, pero con especialidad en los que tuvieron lugar con motivo del convento de la Merced, cuyo punto se empeñaron en tomar los sitiadores, y defendieron con la mayor tenacidad los sitiados. Herido mortalmente Ghilardi el dia 11 en la primera de aquellas tentativas, tuvo que retirarse sin lograr su intento; mas no por eso desistieron de su empeño los sitiadores, y despues de vírios ataques, una fuerza de la brigada Caamaño, á las órdenes del coronel Torres, logró cortar el 18 toda comunicacion entre la plaza y el convento, dejando aislados á los que le defendian. De la plaza salieron fuerzas considerables en la noche del 19 á reforzar la Merced; pero lo intentaron en vano, porque fueron rechazadas despues de un combate sangriento. Eran 120 los hombres que allí estaban: carecian de víveres con que alimentarse; sus heridos, que eran muchos, no tenian quien los curara; se encontraban completamente aislados, sin esperanza de socorro, desfallecidos por el hambre, devorados por la sed: y sin embargo, no se rendian. En la mañana del 21 prendiose fuego al convento, que estuvo ardiendo todo el dia sin que sus defensores dieran la menor señal de flaqueza: á las ocho de la noche quisieron salir de allí, rompiendo la línea de enemigos que los rodeaba por todas partes, pero fueron rechazados. Obligados á permanecer en el edificio que ardia, todavía no cedieron, hasta que al fin, por no morir abrasados, enviaron á Comonfort al comandante Don Julian Perez para tratar de rendirse, y lo hicieron el 22 á las dos de la mañana, ocupando en seguida el convento con 400 hombres el mayor general Alvarez.

Comonfort quiso ver á los valientes y honrarlos: acompañado de Villareal y de Moreno, pasó á la Merced, dió alimento y bebida á los rendidos que estaban sanos; mandó al hospital á los heridos; hizo apagar el incendio que por el edificio se propagaba: y á la vista de aquel ejemplo de constancia heroica, deploró con profunda amargura los efectos de la discordia civil, que tantas veces ha inutilizado las virtudes y el valor de los pechos mexicanos.

Los fuegos de cañon sobre la plaza continuaron con mas ó menos fuerza durante seis dias, hasta que el presidente mandó que cesaran del todo el 20 y el 21. Eran el Jueves y

el Viernes Santo. Respetáronse aquellos días consagrados especialmente al recuerdo de la Redención humana, y durante ellos puso en práctica el general sitiador cuantos recursos le sugirió su génio para poner fin á aquella guerra de esterminio. El cielo bendijo sus esfuerzos, y apartó ya desde entonces de la consternada ciudad el terrible azote con que la había afligido.

Entre las medidas dictadas por Comonfort para infundir un terror saludable á los habitantes y defensores de la ciudad, con el objeto de que cesáran sin efusión de sangre, una de ellas había sido hacer venir de Veracruz cuatro morteros á la Gomer, del calibre de 32, con suficiente número de bombas, situarlos en el Molino del Cármen, y correr la voz de que iba á batir la plaza con aquellas formidables bocas de fuego. Aunque nunca fué su intencion hacer uso de unos medios tan destructores, los tremendos preparativos, unidos á la estrechura en que ya se veían los de la plaza, produjeron los efectos deseados. Amorizáronse prontamente los habitantes: el obispo de la diócesis y los vice-cónsules de España y Francia hablaron al gefe de la revolucion, y se dirigieron al presidente, aconsejando el primero que se entrase en negociaciones para un avenimiento, y solicitando los segundos una suspension de hostilidades para que sus conciudadanos pusieran á salvo sus personas é intereses. (7)

Pasaba esto el día 21, al mismo tiempo que se colocaban en batería dos morteros de los cuatro que habian llegado. Por la noche Don Manuel Diaz de la Vega se presentó en el cuartel general con una comunicacion de Haro, que Comonfort no quiso recibir. El dia siguiente por la mañana, Don José Vicente Miñon llevó otro oficio de los generales Castillo y Güitán, en el que autorizaban al mismo Miñon á fin de que manifestase las razones que tenian para no entrar en ningun arreglo á no ser por conducto de su primer capdillo. Comonfort recibió á Miñon con su genial cortesía, pero con viable desagrado, y respondió secamente que con Haro no se habia de tratar. Entonces fué cuando Haro dirigió una carta á los generales Güitán y Castillo, manifestándoles que, pues su persona era obisáculo para entrar en un avenimiento que libertára á la poblacion de los horrores de la guerra, él resignaba el mando y se retiraba.

A consecuencia de este, recayó el mando de las fuer-

(7) Véase la comunicacion del obispo de Puebla y las de los vice-cónsules de España y Francia, y las respuestas que por órden del presidente se dieron en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXV.

zas sitiadas en el general Oronoz, quien pasó una comunicacion á las nueve de la mañana al presidente, participándole que habia nombrado á dos generales para que en union del Lic. Almazan, gobernador del Estado por la revolucion, se presentáran en el lugar y á la hora que el mismo Comonfort señalase, con el fin de arreglar el parlamento. Entre las nueve de la mañana cuando se recibió esta comunicacion en el cuartel general. Ya entonces habia dispuesto el presidente que hubiera una suspension de hostilidades hasta las doce, con el objeto de que pudieran salirse de la plaza los que quisieran hacerlo; pero al ver que el paso de Oronoz daba esperanzas de una pronta solucion pacífica de todas las dificultades, concedió un armisticio hasta las cinco de la tarde, y así se lo hizo saber al gefe de la plaza, manifestándole que la conferencia propuesta podia tener lugar entre las doce y las cuatro de la tarde, en la casa del licenciado La Rosa, frente al convento de la Soledad. (8)

A las doce se dió en la plaza el toque de parlamento, y poco despues se reunieron en el punto indicado los comisionados por una y otra parte. Lo eran por parte del presidente, el gobernador de Guanajuato Don Manuel Doblado, y los generales Don Vicente Rosas y Don Ramon Iglesias; y por parte de Oronoz el licenciado Don Pascual Almazan, y los generales Don Ignacio Ormaechea y Don Miguel Andrade.

Nada se concluyó en aquella primera conferencia, porque los comisionados de la plaza presentaron unas proposiciones que no fueron admitidas. En ellas se decía que la guarnicion de Puebla se ponía á disposicion del gobierno, que saldría de la plaza con los honores de la guerra, y que se situaría en los puentes que el mismo gobierno designara; que el gobierno garantizaba los empleos á los generales, jefes y oficiales de las tropas sitiadas; que ni ellos ni ninguna otra persona de las que habian tomado parte en la revolucion, serian perseguidos ni molestados por ello; que el gobierno reconociera los contratos hechos por los jefes de la plaza para los gastos de la guerra; que el presidente proveía á la seguridad y al órden de la ciudad, luego que se ratificara el convenio; y por último, que los heridos de la guarnicion serian asistidos en los hospitales.

Esto era imponer condiciones; y el estado en que se encontraban los sitiados de Puebla, era mas á propósito para implorar misericordia que para reclamar garantías. Circundados por todas partes, faltos de provisiones y de víveres, re-

(8) Véanse la comunicacion de Oronoz y la respuesta en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVI.

ducidos al último extremo, debilitados por la lucha y por sus propias discordias, relajada entre ellos la disciplina, ausentes ya á ocultos algunos de sus gefes, ninguna resistencia podía salvarlos, ninguna esperanza les quedaba, y no tenían mas remedio que recibir la ley del vencedor. Comonfort conocía bien todas estas circunstancias, que ponían en su mano la suerte de sus enemigos. Entre ellos estaban muchos de aquellos á quienes había salvado la vida esponiendo la suya propia; y era la tercera vez que los encontraba en frente de sí haciéndole la guerra: allí estaban también los que habían burlado su confianza, convirtiendo contra el gobierno las armas y recursos que había puesto en sus manos. Prescindiendo de los que le debían consideraciones especiales, todos le debían como individuos del ejército, la conservación de la clase á que pertenecían, porque él la había salvado de una destrucción segura contra los primeros arranques revolucionarios. En virtud de tales antecedentes, bien pudo recelar Comonfort que fueran peligrosos para la paz pública los que no habían sabido ser agradecidos, y quiso que todos quedaran á la merced del gobierno, para castigarlos por su rebelión, ó para que les sirviera de castigo hasta la clemencia que con ellos se usara.

Con esta mira, después de rechazar abiertamente las proposiciones hechas por los comisionados de la plaza, concedió el presidente á los sitiados una capitulación, reducida en sustancia á declarar, que las tropas de Puebla se sometían á la obediencia del gobierno, y que los generales, jefes y oficiales que existían en la plaza pasarían á residir á los puntos que el mismo gobierno designase, mientras éste determinaba la manera como habían de quedar en el ejército. (9)

Trabajo debió costar á los sitiados suscribir á tales condiciones, que realmente no eran una capitulación en el sentido ordinario de la palabra, supuesto que á la fuerza se les imponían, y que á pesar de ser tan duras todavía se presentaban como una concesión del vencedor. Llamóse capitulación aquel documento, sin duda porque no había otro nombre que darle; pero en realidad no fué otra cosa que una explicación de los términos en que los de la plaza se rendían, sin que apareciera la terrible fórmula de que se rendían á discreción. Ellos sin embargo aceptaron aquellas condiciones, ó por mejor decir, se sometieron á ellas; y con esto dejaron al gobierno todos los derechos del vencedor, menos el de quitarles la vida.

(9) Véase esta capitulación en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVII.

Puebla respiró cuando se hizo público aquel arreglo. Poco importaban los términos á los habitantes de la ciudad desolada: él ponía fin á la tremenda lucha que tanto los había afligido; y con esto quedaba satisfecha la primera de las necesidades que sentían entonces, y logrado el mas vehemente de sus deseos.

El 23 por la mañana los generales Traconis y Alvarez tomaron posesion de la plaza con algunas fuerzas del ejército, que llegarían á dos mil hombres. Hacia dos meses justos que el primero había salido de ella con su guarnicion, dejando la ciudad en poder de los pronunciados. Las providencias que el presidente dictó para la seguridad pública, fueron tan acertadas y tan enérgicas, que ni un solo desorden hubo que lamentar en aquellos momentos tan críticos. Fijóse un papel en las esquinas, que decía simplemente: „El que robe, será fusilado.“ Agregáronse á los cuerpos del ejército los soldados de la guarnicion de Puebla, que pasaban de 3,000, y se dejó en libertad á los que lo solicitaron; dióse órden para que los generales, gefes, y oficiales se presentaran en el convento del Cármen al general Paron; y se dictaron todas las medidas que la situacion reclamaba.

Asegurada la tranquilidad pública en Puebla, Comonfort dirigió la palabra el 24 á sus habitantes. Recordóles todo lo que había hecho para evitar los horrores de la pasada lucha, las muchas veces que había brindado con la paz á los partidarios de la revolucion, los esfuerzos que había empleado para disminuirles tantos padecimientos. En medio de esto, el noble caudillo exhalaba en sentidas frases el dolor de que está penetrado su corazón, á la vista de aquellos estragos. Lloró eternecido sobre ellos, y maldijo indignado la guerra civil; y al recordar el triunfo con que el cielo había coronado sus afanos, acabó con estas sencillas palabras, dignas de un héroe cristiano: „¡Damos gracias á la Divina Providencia!“ (10)

Los habitantes de Puebla bendecían con todo su corazón aquella paz que tanto necesitaban; pero la capitulación no causó el mismo efecto en el resto de la República, entre los que deseaban que se impusiera á los rebeldes un ejemplar castigo. En el mismo artículo 4.º donde Comonfort se había reservado el derecho de imponérselo, creyeron ver muchos una impunidad que dejaba en pie los gérmenes de la rebelión, puesto que al parecer se reconocían los empleos á los generales, gefes y oficiales de la faccion vencida. Empezaron, pues, las murmuraciones, y dijeron públicamente los

(10) Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVIII.

descontentos, que aquello había sido una de tantas transacciones vergonzosas, que no sirviendo más que para poner término á un conflicto, los han preparado mayores para después, haciendo interminables en México las guerras civiles.

Pronto tuvieron que callar los que murmuraban, porque Comonfort probó que era tan justiciero como elemento, cuando la salud de la patria lo exigía. El 25 de Marzo espidió un decreto, determinando la manera como habían de quedar en el ejército los generales, jefes y oficiales capitulados. Aquella determinación era un tremendo castigo: los generales, jefes y oficiales de la revolución, quedaban de soldados reos en el ejército. Seguramente no habían imaginado mayor pena los que mas clamaban porque se hiciera un escatamiento en los facciosos. (11)

No faltó quien sospechara que el presidente había tomado aquella resolución á consecuencia de las murmuraciones que la capitulación había suscitado, suponiendo que no había pensado en ello al concederla, y que después, recapacitando en los términos del art. 4.º se había valido de ellos para dejar ámpliamente satisfecha la opinión de los murmuradores. La verdad es, que Comonfort siempre tuvo intención de castigar severamente á los pronunciados, y que si el 22 de Marzo no le había ocurrido aún la pena contenida en su decreto del 25, seguramente pensaba en decretar alguna, y en no reconocer, sobre todo, grados ni empleos, cuando rechazó las proposiciones que hicieron los comisionados de la plaza. Después, aunque seguro del derecho que tenía para dictar aquella resolución, reunió á los generales de su ejército, á varios diputados y personas notables, para que le digieran su parecer sobre el particular; y todos opinaron que estaba en sus atribuciones, y que la capitulación le autorizaba para imponer aquella pena á los vencidos. Los amigos de la revolución se lo llevaron á mal; pero es preciso decir que no eran jueces imparciales: si hubiera dejado sus grados y empleos á los jefes y oficiales rebeldes, tampoco se lo habrían agradecido, porque los partidos nunca agradecen nada, aunque se compongan de hombres capaces de agradecer.

El 26 de Marzo, á la una del día, hizo Comonfort su entrada triunfal en Puebla, á la cabeza de su ejército vencedor; pero los aplausos de que fué objeto en aquella ocasión solemne, no pudieron disipar la nube de tristeza que derramaba en su semblante la presencia de los estragos de la lucha. Sencillamente vestido de negro, sin ningún dis-

(11) Véase el decreto en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXXI.

tivo que revelara su dignidad, y sufriendo mas bien que gozando con aquella ovación tan merecida, atravesó las principales calles de la ciudad, respondiendo con modestos ademanes y con una sonrisa melancólica á las aclamaciones de la multitud que le victoreaba, y se dirigió á la iglesia Catedral á dar gracias á Dios por el triunfo que sus armas habían alcanzado. Después, al recibir las entusiastas felicitaciones que por su victoria se le dirigieron, repitió mas de una vez estas palabras, señalando á los edificios medio destruidos: „¡Con lágrimas debían celebrarse los triunfos adquiridos á tanta costa!”

En un banquete con que fué obsequiado aquel día, la ciudad de Puebla quiso señalar sus sienes con una corona de laurel; pero diciendo que tales distinciones solo eran debidas á los que habían contra enemigos extranjeros, ó perecían por la libertad de su patria, mandó que aquel símbolo de gloria se colocara en el sepulcro del general Ayala, encargando á Portilla que practicara aquella ceremonia con asistencia de todos los jefes y oficiales de caballería. En el mismo banquete leyó un poeta (12) una composición en alabanza del coronel Don Manuel Aljobia, que había sido herido en la batalla de Ocotlán, y no había muerto todavía. El poeta pedía en sus versos gracia para el herido, y apoyaron la petición muchas personas de las que estaban presentes recordando el valor y las virtudes del joven coronel. Comonfort se conmovió con aquellos vivos y palpitantes recuerdos de la hazaña; y adelantándose con mucho á los deseos de los que imploraban su clemencia, digno como siempre de su fortuna y de su gloria, respondió con solemne acento: „Señores, los heridos no me pertenecen aún; los protege Dios; quedan todos perdonados.” Así honraba Comonfort el valor desgraciado de sus enemigos, y de este modo celebraba sus triunfos, sin que la embriaguez de la victoria le desvaneciese un instante, ni menoscabara un punto el dominio que tenían en su corazón los sentimientos humanos y generosos.

Don Antonio Haro y otros caudillos de la revolución se habían ocultado el mismo día que la capitulación se celebraba. Lo mismo hicieron después otros muchos jefes y oficiales, que no se presentaron al gobierno, no obstante la amenaza de aplicarles la ley de conspiradores, espedita por Santa-Anna; aun después de presentados se ocultaron muchos; pero con todo, pasaron de trescientos los que fueron conduci-

(12) Don Emilio Rey, comandante de escuadrón y ayudante del general Parroli, quien le recomendó especialmente por su buen comportamiento en la campaña.

dos á Izúcar de Matamoros, á las órdenes del general Pavón, para que sufrieran la pena á que los había condenado el presidente. (13) Despedidos los cabos y sargentos, é incorporados en el ejército, ó tambien con licencia absoluta los soldados, estaba concluida la mision de las tropas leales, y el presidente dispuso que regresáran á la capital de la República. Hé aquí las palabras con que las despidió:

„Compañeros de armas: Nuestra grande obra queda consumada. La confianza que me inspiraban la justicia de la causa que defendiamos, vuestro valor y vuestra lealtad, ha sido coronada con un éxito brillante.

„Os habeis hecho dignos del reconocimiento de la nacion, y yo á su nombre os doy las gracias.

„Volved con vuestras banderas victoriosas á la capital de la República; y tan subordinados, tan valientes, tan generosos como habeis sido en esta campaña, llevad á vuestros conciudadanos la paz que venisteis á conquistar y el juramento de sostenerla.

„Contento de vosotros, porque todos y cada uno me habeis dado repetidas pruebas de adhesion y de respeto al supremo gobierno, no olvidaré nunca la dicha de haber sido vuestro general en jefe.”

Partió el ejército, y Comonfort se quedó algunos dias en Puebla, dictando las providencias necesarias para dejar completamente restablecido y asegurado en la ciudad el orden público. Hecho esto, salió de allí el 31 de Marzo, sin aparato ni pompa alguna, con ánimo de volver serenamente á las tareas del gobierno, como si nada extraordinario hubiera hecho durante aquella ausencia.

Pero ya entonces no le fué posible estrarse á las manifestaciones del entusiasmo público. Hasta entonces había podido evitar que se hicieran públicos regocijos por los plausibles pero sangrientos triunfos que las armas del gobierno alcanzaban: pero terminada en un mes la campaña de Puebla, destruida con tanta fortuna y tanta gloria una revolución que había inspirado tan serios temores, y restablecida completamente la paz porque tanto había aspirado la República, no pudo ya oponerse á que se celebraran tan faustos acontecimientos, ni privar á los valientes que le habían ayudado á realizarlos, de las evaciones que la gratitud nacional les preparaba. El congreso le había decretado un voto de gracias; el ayuntamiento de la capital había hecho lo mismo; era general el empeño de tributarle los honores del triunfo: y se

(13) Se les conmutó esta pena por un decreto posterior que puede verse en el *Apéndice*, bajo el Núm. XL.

habian hecho grades preparativos para la gran *Fiesta de la Paz* que debía celebrarse con la entrada del caudillo vencedor. Dando un nombre tan hermoso á aquellas solemnidades, el cuerpo municipal venció todas las resistencias del presidente.

El 2 de Abril llegó este á Tacubaya. Era precisamente el dia en que se celebraban en la Catedral y demás templos de México, unas solemnes exequias por las víctimas de la campaña de Puebla. Tan piadoso como esforzado, había querido que se honrara la memoria de los muertos en la guerra, antes que se hicieran honores á los vivos que volvieran de ella victoriosos.

El dia 3 de Abril entró Comonfort triunfante en la capital de la República, en medio del repique de las campanas, de las salvas de artillería, de los aplausos de la multitud y de un júbilo general. Rayó en delirio el entusiasmo de aquel recibimiento. El pueblo se agolpaba en las calles del tránsito; saludaba con ardientes aclamaciones al venturoso caudillo, y regaba de flores y coronas el camino por donde pasaba. Las autoridades y corporaciones de la ciudad, los establecimientos de educacion y de beneficencia, los ciudadanos de todas las condiciones, y de todas las clases, le dieron los mas vivos testimonios del respeto, de la admiracion y de la gratitud que sus hechos habían inspirado. Todos le llamaban vencedor de la tiranía, libertador del pueblo, salvador de la patria, y todos agotaron las mas lisonjeras frases del idioma para darle la enhorabuena por sus recientes triunfos. (14) La poesía y la música le consagraron himnos; las artes reprodujeron su retrato; su nombre fué invocado como un símbolo de ventura, de gloria y de esperanza. Fueron en fin tan estremadas las demostraciones de entusiasmo con que sus compatriotas le recibieron, que pudo temerse que tanta aura popular le desvaneciera. Tales honores no pueden pasar sin hacer profunda mella en el corazón de quien los recibe: ó le pervierten con la vanidad, ó le enaltecen con la noble ambicion de merecerlos. Afortunadamente este segundo efecto es el que produjeron en el alma de Comonfort aquellas estrepitosas ovaciones. El sabe bien que el que ha llegado á la cumbre del poder, solo humillándose puede engrandecerse; (15) y ha conservado su amable familiaridad, su antigua sencillez y su natural modestia, en esa re-

(14) Véanse los discursos de felicitacion, y las respuestas del general, en el *Apéndice*, bajo el Núm. XLI.

(15) SAABEDRA FATARDO, *Empreses políticas*.

gion de lisonjas y de vanidades; donde tantos otros suelen perder aquellas virtudes.

Tres días duraron las fiestas. Su descripción sería pública junto al vivo recuerdo de los que casi acabán de presenciárlas.

El mismo día de su entrada en la capital Comonfort dirigió la palabra á su ejército para darle de nuevo las gracias por lo que había hecho bajo sus órdenes:

„Soldados del ejército y de la guardia nacional: estáis en la capital de la República, después de la gloriosa campaña sobre Puebla. Habéis sido valientes y merecido bien de la patria. A nombre de ella os da las gracias el presidente de la República, y os saluda lleno de orgullo vuestro general en jefe.”

El vencedor tuvo también palabras de congratulación que decir, y consejos paternales que dar á sus compatriotas:

„Mexicanos: vuelvo á esta hermosa capital con la dulce satisfacción de haber afianzado la paz y vencido á los enemigos de las libertades públicas. Si se ha derramado sangre, á nadie ha hecho perecer en un patíbulo, si ha sido severo, es porque así lo exigían la justicia y la salud de la nación.

„Conciudadanos: aprovechaos de los beneficios de la Divina Providencia, que vela sobre nosotros para que podamos constituirnos. Odio eterno á la guerra civil; y que el respeto y obediencia á la ley, sean en lo sucesivo nuestra única divisa.

„Mexicanos: ¡Viva la República!

„Viva la Independencia!”

El triunfo del gobierno en Puebla, hizo caer las armas de la mano á las pequeñas partidas que se habían levantado en diferentes puntos de la República: de manera que pocos días después de los acontecimientos que se han referido, no había ya en todo el país ni un estandarte rebelde, ni un faccioso armado: alcabo de veintiocho meses de continua guerra civil, México estaba en paz.

Hemos concluido nuestra relación.

En cada una de las fases del período que hemos recorrido, se ha podido ver comprobada la observación que hicimos al empezar: la exageración política es causa de la revolución; y de las desgracias de los pueblos. La exageración de un principio hizo de Santa Anna un tirano, y produjo la revolución de Ayutla: la exageración de otro hizo temible aquella revolución, y retardó su triunfo; nuevas exageraciones vinieron á desconceptuarla en los días de su costosa victoria, y trajeron en pos de sí una reacción fur-

midable. ¡Cuanta sangre ha costado y cuántas lágrimas, salvar en todos estos casos la causa de la libertad y del orden, la causa de la justicia, la verdadera causa del pueblo. Y sin embargo, aun gemiría hoy la República agobiada bajo el peso del despotismo, ó agonizante entre las garras de la anarquía, si el hombre de Acapulco y de Puebla no hubiera sacado á su patria de tantos peligros, ora blandiendo su espada en los combates, ora poniendo en la balanza de la opinión el prestigio de su nombre y el peso de su prudencia.

Si México necesitaba un hombre; si se quejaba con razón de que en el seno de sus revoluciones, tan fecundas en calamidades, no se hubiese formado nunca un génio capaz de someter las pasiones políticas al poder de su inteligencia, ó de encadenarlas á su carro de triunfo, ya parece que el cielo ha querido satisfacer esta necesidad y acallar esa queja. Con la ayuda de los buenos ciudadanos, Comonfort libertó á su país de la tiranía unitaria: si cuenta con el mismo apoyo, puede hacer más todavía; puede preservarla de la tiranía de las facciones. Y si algo han de valer las lecciones de la historia, este auxilio no le podrá faltar, porque todos los ciudadanos que de buena fé profesen una opinión, pertenecan á un partido ó militen bajo una bandera; todos los que se acalla y notablemente encaminen sus ideas al bienestar y á la gloria de su patria; todos caben y pueden estar bien bajo el estandarte nacional que Comonfort lleva en sus manos. Los únicos para quienes no hay lugar allí, son los que quieren arrojar la libertad en brazos del despotismo para que la ahogue ó la envien por todas partes, coronada de serpientes como las furias, para que el mundo la aborrezca.

Dice un gran publicista que si los partidos pudieran hablar tranquilamente unos con otros para comunicarse sus doctrinas y descubrirse sus intenciones, llegarían á entenderse y á reconciliarse. Esta observación debe ser exacta, porque sin perjuicio de que la verdad sea una, puede afirmarse que hay siempre muchos puntos de contacto entre las doctrinas políticas, por más opuestas y divergentes que parezcan. Si en alguna parte se puede realizar este fenómeno, en ninguna mejor que en México, donde la tolerancia está en el fondo de las costumbres, donde la dulzura de carácter tempa el rencor de los partidos, donde los errores de la inteligencia están sometidos á los sentimientos del corazón; y si alguna vez ha sido posible aquí, nunca más que en la ocasión presente, en que la inteligencia y el valor están en el poder, y con el poder está la libertad, y con la libertad está el orden; ideas que fueron siempre hermanas, y que han convertido tantas ve-

eres en enemigas los espíritus menguados ó turbulentos que no saben mandar sin oprimir ni obedecer sin conspirar.

Los hombres del pasado y los hombres del porvenir, los hombres de la tradición y los hombres de la reforma, los amigos del orden y los amigos de la libertad; todos están fatigados de luchas estériles todos se horrorizan con el recuerdo de la sangre que se ha vertido, todos desean, aunque no lo digan, abrazarse como hermanos en los altares de la patria. Y todos deben á Comfórt la conservación de sus principios; los unos le deben la libertad, porque él rompió con su espada las cadenas que los oprimían, los otros le deben el orden, porque él calmó con su prudencia las pasiones alborotadas. Si arrastrados todos por aquellos amargos recuerdos y por esta justa gratitud, se agruparan en torno del hombre para ventilar pacíficamente sus diferencias y explicar sus miras, el hombre podría consumar su obra de reparación, y la discordia huiría espantada de este suelo, donde ha derramado tantas desolaciones.

Los hombres de la tradición confesarían que el progreso es una ley universal, que esta ley se observa en todas las vicisitudes de la historia, que la inmovilidad política es imposible; y dirían con una de las más hermosas celebridades de su partido: „Respetemos la magestad del tiempo; contemplemos con veneración los pasados siglos, consagremos por la memoria y los vestigios de nuestros padres; pero no queramos retrogradar hácia ellos, porque ya no tienen nada de nuestra naturaleza real, y si pretendiéramos cojerlos, se desvanecerán.” (16)

Los hombres de la reforma confesarían que lo presente está unido á lo pasado, como se unirá á lo futuro; que la marcha de las sociedades debe ser espontánea y no violenta; que deben respetarse las creencias y las tradiciones de los pueblos; que es preciso aprender las lecciones de lo pasado para no avanzar sin luz por las sendas del porvenir; y dirían también con uno de los más eminentes escritores de su escuela: „El primero de los deberes que tienen los directores de la sociedad en nuestros días, es adaptar su gobierno (el de la democracia) á los tiempos, y á las costumbres, y modificarlo según las circunstancias y los hombres. — Abandonando el estado social de nuestros abuelos, y arrojando en montón detrás de nosotros, sus instituciones, sus ideas y sus costumbres, ¿con qué las hemos remplazado? — Hemos abandonado lo que el estado antiguo podía presentar de bueno, sin adquirir lo que el estado nuevo puede ofrecer de útil. — No se puede establecer el reinado de la liber-

(16) CHATEAUBRIAND.

dad sin el de las costumbres, ni hay fundamento para las costumbres sin las creencias. — Cuando lo pasado no alumbró el porvenir, el espíritu marcha en medio de tinieblas. — No debemos empeñarnos en parecernos á nuestros padres, sino esforzarnos por alcanzar la especie de grandeza y de ventura que nos es propia. — La Providencia no ha hecho á la humanidad ni del todo independiente ni del todo esclava; para cada hombre ha trazado un círculo fatal, del que no puede salir, es cierto, pero en sus bastos límites el hombre es libre y poderoso; lo mismo son los pueblos. — Las naciones modernas no pueden impedir que en su seno las condiciones sean iguales; pero de ellas depende que la igualdad los conduzca á la servidumbre ó á la libertad, á la luz ó á la barbarie, á la prosperidad ó á la miseria.” (17)

Los hombres de la tradición y los hombres de la reforma se estrecharían entonces la mano, y confesarían todos juntos que la ley del progreso se revela en la naturaleza del hombre, se verifica en la historia de las sociedades, se cumple invariablemente en la marcha de la civilización, y es una ley providencial; verían que el espíritu de Dios, luchando siempre con el espíritu de las tinieblas, marcha delante de la humanidad, como la nube que guiaba á los israelitas en el desierto; y dirían con otra grande ilustración de la época presente: „La humanidad marcha con pasos de gigante en la carrera de la emancipación; la providencia la conduce. La humanidad es el Ulises de Homero, llevado por la mano de Minerva al través de los mares borrascosos. ¿Qué pueden contra el destino los sofistas? ¿Qué pueden contra la libertad los aduladores de los pueblos ni los aduladores de los reyes? Si las sociedades en su infancia tuvieron que refugiarse en el seno de la tiranía para conservar su mísera existencia, las sociedades adultas y civilizadas pueden marchar por sí solas sin necesidad de los tiranos. — Y cuando la humanidad ha quebrantado ya todos los yugos... cuando no tiene una fibra que no resuene con una vibración dolorosa al recuerdo de sus penosos combates, de sus largos infortunios;... ¿Hay quien se atreva á aconsejarla que vuelva á recorrer los mares enemigos que presenciaron sus naufragios...? No: más bello es su destino, más ancho su horizonte, más grande su porvenir. La inteligencia emancipada ya, brilla con todo su esplendor en el horizonte de los pueblos: ella, y ella solamente, con lucirá á las sociedades humanas. Aun tiene que combatir con rudos y temibles adversarios; pero no desma-

(17) TEsQUEVILLE.

yemos, porque si el cielo ha concedido á sus contrarios el combate, les ha negado la victoria" (18)

Entonces dejará de haber partidarios en México, y no habrá mas que mexicanos; unidos por un mismo sentimiento, marchando juntos por una misma senda, cobijados todos á la sombra de un sólo estandarte; mexicanos que dirán á una voz: marchemos adelante, pero respetemos las tradiciones que son nuestra gloria; veneremos la memoria de nuestros padres, pero no pongamos obstáculos á la ley universal del progreso: saquemos del pasado lecciones provechosas para el porvenir; y en ese porvenir tendremos paz, justicia y libertad.

Y el hombre que haga esto, despues de haber salvado al pueblo del despotismo, á la libertad de sí misma, y á su pátria de la reaccion, será un hombre lleno de gloria en los anales de México, y merecerá que sus compatriotas digan de él: fué el mas justo, el mas piadoso y el mas esforzado de cuantos nos dieron leyes, y estuvieron al frente de nuestros destinos. (19)

FIN.

(18) DONOSO CORTÉS.

(19) quo justior alter
nec pietate fuit nec bello major et armis.

VIRG *Eneid.* LIB. I.

APÉNDICE.